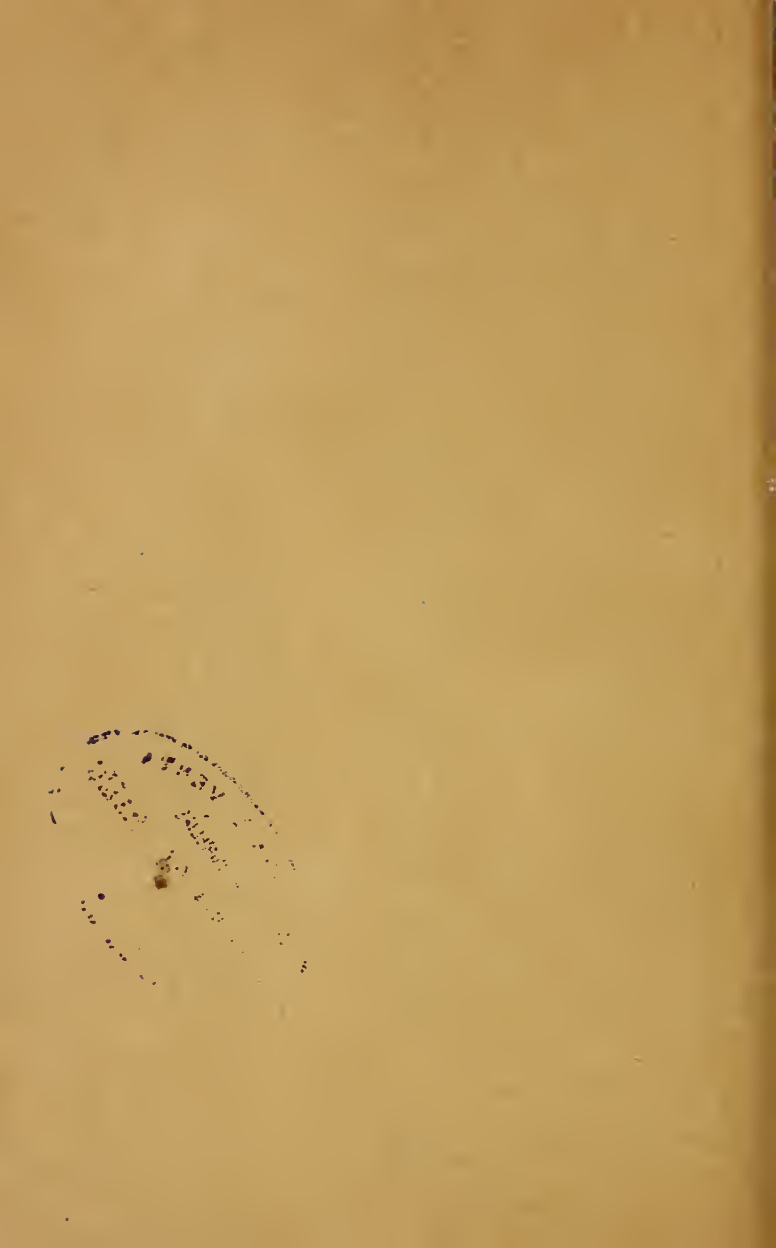


La hija del regimiento



LA HIJA DEL REGIMIENTO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

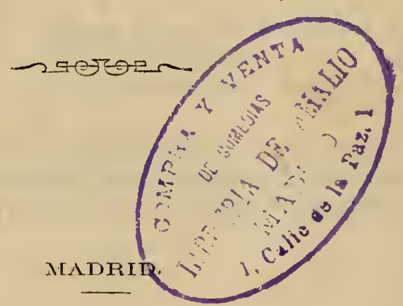
ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA,

DE LA ÓPERA CÓMICA FRANCESA DEL MISMO TÍTULO,

POR

DON EMILIO ALVAREZ.

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA ZARZUELA la noche del 11 de Setiembre de 1860.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.

S. Vicente alta, 52.

1860.

PERSONAGES.	ACTORES.
MARÍA.	DOÑA TRINIDAD RAMOS.
MARQUESA.	DOÑA LUISA LESEM.
SULPICIO.	D. FRANCISCO SALAS.
ANTONIO.	D. JUAN SALCES.
EL CABO FRANZ.	D. FRANCISCO ARDERÍUS.
ORTENSIO.	D. JOSÉ ROCHEL.

Soldados.—Tiroleses.

ACTO PRIMERO.

Una campiña: á la derecha del actor, en primer término, una cabaña con puerta practicable; un banco de piedra al lado de la puerta: á la izquierda, en segundo término, la entrada de un pueblo ó aldea: una imágen de la Vírgen sobre un poste de piedra: lontananza de montañas.

Al levantarse el telon, los tiroleses se hallan en observacion sobre la montaña del fondo. Las mujeres arrodilladas ante la imágen de la Vírgen. La Marquesa en un ángulo asistida por Ortensio.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA.—ORTENSIO.—Coro.

INTRODUCCION.

CORO.

Amigos, ¡ silencio !
Firmeza y ardid;
que ya el enemigo
previene la lid.

¡ Vírgen Sagrada,
Madre adorada
del Redentor!
en riesgo tanto,
nuestro quebranto
calme tu amor.

ORTENSIO.

Alentad, noble Marquesa;
desechad todo temor.

MARQUESA.

A tu lado, fiel amigo.
se disipa mi temor.

CORO.

Amigos, ¡silencio!
Firmeza y ardid;
que ya el enemigo
previene la lid.

UNO.

Ya se alejan por fin los enemigos;
templad el noble ardor, bravos amigos.

TODOS.

¡Albricias! cantemos,—¡que viva el placer!
Ya á salvo nos vemos,—no hay ya que temer.
La paz venturosa—ahuyenta el dolor,
y el alma gozosa—se entrega al amor.

HABLADO.

MARQUESA. ¡Ah! venid, amigos mios,
amparadme!
ORTENSIO. No temais.
MARQUESA. No es el lance para menos:
huyamos su arrojo... ay!
los franceses son terribles!
ORTENSIO. No hay cuidado; ya se van.
MARQUESA. Temo que esa retirada
sea fingida.
ORTENSIO. No tal.
MARQUESA. ¡Ay! Por vos dejé mi casa;
vos me acompañásteis.
ORTENSIO. Ya!
Ejecuté vuestras órdenes.
¿Quién habia de pensar
que esos malditos franceses
cercaban en ademan

ofensivo, estas montañas
que me ordenásteis cruzar?
¡Buen susto nos cuesta!

MARQUESA. ¿A vos?
¿Teneis miedo?

ORTENSIO. ¡Pss! ¡Tal cual!

MARQUESA. ¿Miedo un hombre?

ORTENSIO. ¿Eso os extraña?
Como yo hay muchos.

MARQUESA. Callad:
que una muger tiemble, es justo:
y sobre todo, si ya
fué víctima de la guerra
como yo!

UNA MUG. ¿Vos?...

ORTENSIO. ¿Lo dudais?
Sí; la señora Marquesa
era en su primera edad
menos tímida.

MARQUESA. Recuerdo
que en los campos de Meran
empezó mi desventura!

UNA MUG. ¿Qué la sucedió?

ORTENSIO. Callad!
Si llega á contar la historia,
se nos vuelve á desmayar.

MARQUESA. Id, Ortensio; en vos confío;
aseguraos de que hay
fácil salida, y huyamos.
Sed prudente.

ORTENSIO. Descuidad.

MARQUESA. En esta cabaña espero.
Seguidme. (Al coro.)

———

ESCENA II.

ORTENSIO.

ORTENSIO. ¡Vaya un azar!
Yo, un antiguo mayordomo,
hallarme sin más ni más
en medio de los horrores
de una batalla... ¡voto á!...
Estoy tiritando... es claro...
el miedo... ¿quién dijo tal?
reconozcamos el campo.
Audacia... serenidad...
y al primer francés que encuentre...
(Tropezando con Sulpicio y retrocediendo.)
Perdon, señor oficial.

ESCENA III.

SULPICIO.—ORTENSIO.

SULPICIO. Sargento.—¿Qué haces aquí?
ORTENSIO. (Me llama sargento. Ay!
Es gefe francés.)
SULPICIO. ¡Mil bombas!
¿por qué tiemblas?
ORTENSIO. ¡Pss! Será...
Es el calor del país.
SULPICIO. ¡Buen país! No cria más
que cobardes.
ORTENSIO. Decís bien.
SULPICIO. ¿Eres de aquí!
ORTENSIO. No, en verdad.
Voy de paso, mi teniente.
SULPICIO. Sargento.—¿Y á dónde vas?
ORTENSIO. (¿Otra vez?) Voy con mi ama,

una gran señora.

SULPICIO. ¡Ya!

ORTENSIO. ¿Podrá seguir su viaje,
ó acaso necesitais
verla... hablarla...

SULPICIO. ¿Qué edad tiene?

ORTENSIO. Cincuenta años.

SULPICIO. Vaya en paz.

ORTENSIO. Muy bien.

SULPICIO. Si vives entre ellos,
y profesas amistad
á estos tiroleses, diles
que no deben temer ya.
Nuestra mision se reduce
á defender y amparar
al pacífico paisano
que permanezca neutral,
y á las mugeres bonitas.

ORTENSIO. Está bien, mi capitan.

SULPICIO. Sargento.—Los que rebeldes
se atrevan á provocar
nuestro enojo, ántes que unirse
á la Baviera, podrán
por medio conciliador
unirse á la Francia.

ORTENSIO. ¡Ajá!

SULPICIO. Así lo reza el proclama.
¡Media vuelta! vete ya.

ORTENSIO. Al punto, mi coronel.

SULPICIO. ¿Eh? Sargento.—¿No te vas?

ORTENSIO. Al momento. (Qué humos gasta.)
(Mas por qué me llamará
sargento? ¡Altiva apostura! (Contemplando á Sulpicio, que pasea.)
¡Es pájaro gordo! ¡Bah!
(Este es lo menos...)

SULPICIO. ¿Qué haces?

ORTENSIO. A la orden, mi General. (Cuadrándose con aire militar.)

ESCENA IV.

SULPICIO.

SULPICIO. ¡Eh! Sargento.—Por mi nombre, (Siguiendole.)
que si es burla... ¡Voto á tal!
cuál corre! ¡Bravos pies tiene!
quién ha de alcanzarle ya!
¡Bien huye! Este es tirolés.
¡Buen encuentro! Vaya en paz.
¿Qué veo? ¡María aquí!
Ella es, sí, no hay porte igual!
La gloria del regimiento!
¡Mi María! ¡voto vá!
¡Vaya un gentil continente!
Vaya una planta marcial!
Perla del quinto de línea,
ven.

ESCENA V.

SULPICIO.—MARÍA.

MARÍA. (Cuadrándose.) Presente.
SULPICIO. Ven acá.
MARÍA. ¡Bravo! Te hallo contento.
SULPICIO. ¿No lo ves?
MARÍA. Enhorabuena.
Que jamás nuble la pena
el rostro de mi sargento.
SULPICIO. ¡Siempre alegre!
MARÍA. ¿Siempre?... No.
Ayer... lo ocultaste en vano,
en tu bigotazo cano
una lágrima brilló.

SULPICIO. ¡Bah!
MARÍA. Yo lo ví.
SULPICIO. Cuando digo...
Seria la escarcha...
MARÍA. ¡Pues!
Escarcha... ¡en Julio! ¡Eso es!
sé reservado conmigo;
con tu hija. Vamos, dí:
dáme parte en tu tristeza.
SULPICIO. Ayer...
MARÍA. Ayer... con franqueza,
habia tormenta aquí! (Poniendo una mano sobre su corazon.)
SULPICIO. ¡Sí! con dolores extraños
latió ayer mi corazon,
sintiendo igual opresion
que sintió hace quince años.
MARÍA. ¿Quince años?
SULPICIO. Nunca lo olvido.
Quince hace que allí,
en esas montañas, ví
mi regimiento perdido.
Más de cien bravos perdió
el quinto de línea! ¡Truenos!
Sucumbieron como buenos,
y está aquí quien los vengó.
De aquellos héroes, María,
dos conserva el regimiento,
no más. Yo... y tú.
MARÍA. (Cuadrándose.) Mi sargento,
estimo la cortesía.
SULPICIO. ¡Buen lance! como leones
combatimos aquel dia!
Cuál la turba austriaca huia
ante nuestros batallones!
Salvando pertrechos mil
iba nuestro regimiento,
cuando templó su ardimiento

una súplica infantil:
y encontramos, yo el primero
la estreché á mi pecho ansioso,
una niña ¡Dios piadoso!
hermosa como un lucero!
Beséla con efusion,
y ella en caricias benditas
me tendia sus manitas
demandando proteccion!
Me besó... ¡por Belcebú!
¡qué niña tan hechicera!

MARÍA. Y aquella niña ¿quién era?

SULPICIO. ¡Aquella niña eras tú!
Solo dos años tenias;
y al ver con qué tierno afan,
con qué risueño ademan
nuestro amor agradecias,
á una voz el regimiento
hija suya te aclamó,
y como un padre te amó
desde aquel mismo momento...

MARÍA. ¡Mi buen padre! Yo le fio
que su hija le ha de honrar.
En todo sabré imitar
al valiente padre mio!

SULPICIO. ¡Bien por mi vida!

MARÍA. ¡Mi padre!
¡El regimiento modelo!
¡Amarle es mi único anhelo!
No hay placer que más me cuadre.

SULPICIO. Bravo, muchacha! A su lado...
¡Tú amas la guerra!

MARÍA. ¡Pues no!
¿que si amo la guerra yo?
Como todo buen soldado.
¡Guerra noble! la victoria
es el premio del valor.

¡Viva el militar ardor !
¡No hay más bien! ¡No hay mayor gloria !

MUSICA.

MARÍA.

Inunda mi pecho
de bélico ardor
el fiero estampido
del bronco cañon.
¡Me exalta de ¡guerra!
el grito marcial!
¡La guerra es mi anhelo,
la gloria mi afan !

SULPICIO.

Yo la he cuídado :
yo la he educado :
yo henchí su pecho
de noble ardor.
¿Dónde hay belleza
con más pureza ?
¿Dónde hay un porte
más superior ?

MARÍA.

Inunda mi pecho
de bélico ardor,
el fiero estampido
del bronco cañon.

SULPICIO.

Inunda su pecho
de bélico ardor,
el fiero estampido
del bronco cañon.

Á DOS.

Me / La } exalta de ¡ guerra !
el grito marcial !
la guerra es mi / su } anhelo,

la gloria $\frac{\text{mi}}{\text{su}}$ } afan.

SULPICIO.

Bendito el dia,
hija adorada,
en que adoptada
fuiste por mí.
Tú desde niña
fuiste ornamento
del regimiento
que adora en tí.

MARÍA.

Cada soldado,
con fé constante,
cual padre amante
me acarició.
Y regalada
cuna tranquila,
en su mochila
me improvisó.

Á DOS.

Y custodiada
de tanto amor,
$\frac{\text{dormí}}{\text{durmió}}$ } arrullada
por el tambor.

MARÍA.

Yo al padre mio (Abrazándole.)
sé dar contento.
Yo á mi sargento (Cuadrándose.)
sé respetar.

SULPICIO.

¡Bien por mi nombre! (Contemplándola gozoso.)
¡Bella figura!
¡No ví apostura
tan militar!

MARÍA.

Feliz y alegre
en paz y en lid,
á vuestro lado

siempre me ví.

SULPICIO.

A los heridos
dando tu amor,
y proclamando
al vencedor.

MARÍA.

¿Quién desvanece
vuestros pesares?
¿quién os alegra
con sus cantares?

SULPICIO.

Tu afan constante,
niña gentil.
Tu blando acento
de querubin.

MARÍA.

A un grito unánime,
mi regimiento,
visto mi mérito
y mi talento,
su cantinera
me proclamó.

SULPICIO.

Su cantinera
te proclamó.

MARÍA.

Y yo en sus filas,
bomba y metralla
con faz serena
supe arrostrar.
Y el fin llegado
de la batalla,
yo vuestro sueño
supe guardar.
¡Soy de mi padre
retrato fiel!
¡Como él soy brava!

SULPICIO.

¡Más brava que él!

MARÍA.

¡Bella es la vida
del militar!
¡No hay mayor gloria!

SULPICIO.

¡No hay gloria igual!

Á DOS.

El regimiento, bravo sin par,
quinto de línea, sabe triunfar.
¡Plan, rantamplan! ¡Plan, rantamplan!

HABLADO.

SULPICIO. (¡Es hechicera!)
MARÍA. ¡Qué gozo!
¿Me amas?
SULPICIO. ¿Cómo no amarte?
MARÍA. Si me amas, toma parte
en mi marcial alborozo.
SULPICIO. Quién no adora ese gracejo,
ese brio...
MARÍA. El tuyo es.
SULPICIO. ¿El mio? Me adulas.
MARÍA. Pues.
Vales tú mas...
SULPICIO. Ya soy viejo.
MARÍA. ¿Tú viejo? ¿Qué osas decir?
¡El valor nunca envejece!
y esa planta... ¡si parece
que empiezas ahora á vivir!
SULPICIO. Gracias. Tu padre, hija mia,
se humilla á tus piés ufano;
y eso que es un veterano
de proverbial bizarría!
Mas te admira, y con razon.
Tierna afeccion te ha jurado,
y de soldado á soldado
se trasmite esta afeccion.

Todos al verte pasar
se cuadran con prontitud,
gritando alegres; «¡Salud
á nuestro ángel tutelar!»

MARÍA. Y yo, ántes que él se cuadre,
cuando encuentro un veterano,
le tiendo ufana la mano,
exclamando: «¡Este es mi padre!»

SULPICIO. Sí; sé nuestra hija, mas...
yo espero... si Dios me auxilia...

MARÍA. Sois mi única familia.

SULPICIO. Tienes otra y la hallarás.

MARÍA. No es fácil.

SULPICIO. Vive tranquila.

MARÍA. ¿Hay prueba alguna?

SULPICIO. Sí á fé;
La carta que en tí encontré,
y que guardo en mi mochila,
con mi celo...

MARÍA. Inútil celo:
mi familia ha muerto.

SULPICIO. ¡Ba!
El porvenir te dirá
si es inútil mi desvelo.
En tanto alegre disfruta
del presente en nuestra union.
Y cuando en tu corazon
siente plaza algun recluta,
ántes que ascienda á marido
formará tu padre en masa:
si es tu voluntad, te casa,
y es asunto concluido.

MARÍA. ¡Oh! ¿quién piensa en eso?

SULPICIO. Diablo!
Lo dices de una manera...
¿No amas?

MARÍA. ¡Sulpicio!

SULPICIO. Dios quiera...
MARÍA. Si te incomodas, no hablo.
SULPICIO. Habla: á todo me acomodo.
¿Amas?
MARÍA. Si.
SULPICIO. ¿Y callaste así?
¿Tú secretos para mí?
MARÍA. Oyéme; lo sabrás todo.—
Un dia... mira qué loca!
de vosotros me alejé,
buscando flores, que hallé
saltando de roca en roca.
Ya de vuelta, en la pendiente
de una peña ví una flor,
cuyo aroma embriagador
embalsamaba el ambiente.
Fuí á cogerla, y... ¡ay de mí!
mi mano al tallo guié;
pero resbaló mi pié,
y lanzé un grito... y caí!
SULPICIO. ¡Cielos!
MARÍA. Justo es que te asombre,
que era horrible el precipicio.
SULPICIO. ¿Cómo caiste?
MARÍA. ¡Ay! ¡Sulpicio!
SULPICIO. ¿Dónde?
MARÍA. En los brazos de un hombre.
SULPICIO. ¡Cien truenos!
MARÍA. Oye.
SULPICIO. Eso es.
Una doncella jamás
puede ni debe caer, más
que en brazos de un padre.
MARÍA. Pues.
Con tan juicioso argumento,
aun estaria volando
por los aires, esperando

que llegára el regimiento.

SULPICIO. Tienes razon. ¿Y quién es?...
¿quién es él?

MARÍA. Un jóven.

SULPICIO. ¡Ya!

MARÍA. Guapo, amable.

SULPICIO. Claro está.
¿De qué pais?

MARÍA. Tirolés. (Despues de un momento, con timidez.)

SULPIPIO. ¡Voto á brios! ¿Esas tenemos?
¿Le amas?

MARÍA. Nos amamos.

SULPICIO. Y...
¿Os veis á menudo?

MARÍA. Sí.
Todos los dias nos vemos.

SULPICIO. ¡Malo! ¡Voto á cien legiones
de diablos!

MARÍA. ¿Qué dices?

SULPICIO. Digo,
que huyes al campo enemigo
con armas y municiones.

MARÍA. No lo temas; le dí ayer
mi despedida; ¡lloró!...
mas dejarte es fuerza, y no
nos volveremos á ver!

SULPICIO. Lo apruebo. Dar tu la mano
á un quidam... ¡boda gentíl!
tú, la hija de tres mil
héroes ¿unirte á un paisano?
Tu belleza y tu talento
merecen mejor partido;
por lo tanto, tu marido
ha de ser del regimiento.

MARÍA. Asi será, lo he jurado.

SULPICIO. Bien. Mas ¿qué rumor? ¿Quién vá?

MARÍA. Son los camaradas.—¡Ah!

no digas...

SULPICIO. Pierde cuidado.

MARÍA. Pues á la órden. (Saludo militar.)

SULPICIO. (Divina!)
Yo iré dándote convoy.

MARÍA. No, no: vuelvo pronto; voy
á levantar la cantina.

ESCENA VI.

SULPICIO.

SULPICIO. ¡Se vá sin mí! me entristece
que esquive mi compañía,
que solo siento alegría
allí donde ella aparece.

ESCENA VII.

SULPICIO.—ANTONIO.—FRANZ.—SOLDADOS.

FRANZ. Adelante. (Conduciendo á Antonio.)

SULPICIO. ¿Qué sucede?

FRANZ. Poca cosa, mi sargento.

SULPICIO. ¿Qué hombre es ese?

FRANZ. Os lo diré.
¿Puedo hablar?

SULPICIO. Sí.

FRANZ. Pues empiezo.
Con la venia consabida
y el consiguiente respeto,
hago presente ante todos,
y á vista de mi primero,
que este hombre ha sido por mí
capturado, es decir, preso,

en ocasion que cruzaba
con sospechoso misterio
y ademan espiador
por el francés campamento.
Interrogado que fué,
declaró su nombre el reo.
Antonio se nombra, y es
tirolés en alma y cuerpo.
Ni se une á la Baviera
ni á Francia, por lo que pienso
que declarado rebelde
y espía sagaz y artero,
sin tregua ni apelacion,
reo convicto y confeso,
debe morir fusilado.
Á la órden, mi sarjento.

SULPICIO. Retiraos, cabo Franz.
Avance aqui el prisionero.

ANTONIO. Haceos atrás; yo iré. (Evitando á Franz.)

FRANZ. Anda, vergante.

SULPICIO. ¡Silencio.
Te acusan de espía.

ANTONIO. ¿A mí?
¿Espía yo? Otro objeto
me trae á vosotros.

SULPICIO. ¿Cuál?

ANTONIO. No lo diré.

FRANZ. Ya lo creo.
Tú... (Avanzando.)

SULPICIO. Cabo Franz.

FRANZ. A la órden.

SULPICIO. ¿Qué haces aquí?

ANTONIO. Es mi secreto.
Si amedrentarme pensais
con la muerte, no la temo.
Por Dios que para obligarme
elegísteis malos medios:

que á la amenaza de muerte
no cede mi altivo pecho.

SULPICIO. (Es un valiente!)

FRANZ. Un bribon!

SULPICIO. Cabo Franz.

FRANZ. (Retirándose.) Sí, mi primero.

SULPICIO. Habla, en fin: eres valiente,
y no mando; te lo ruego.
¿Qué haces aquí? Habla.

ANTONIO. No.

SULPICIO. ¿Qué buscas?

ANTONIO. Es mi secreto.

SULPICIO. ¿Insistes?

ANTONIO. Sí.

SULPICIO. Cabo Franz.

FRANZ. Presente.

SULPICIO. Llevad al preso.

FRANZ. Seguro va.

ANTONIO. Atrás he dicho.

SULPICIO. Aseguradle.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS.—MARÍA.

MARÍA. Teneos!

TODOS. ¡María!

ANTONIO. (¡Es ella, qué hermosa!)

MARÍA. (Es él, Sulpicio!)

SULPICIO. (¿Quién?... ¡cielos!
el hombre que amas?)

MARÍA. (¡Sí!)

SULPICIO. (¡Es valiente! Lo comprendo!)

MARÍA. (Me está mirando!)

ANTONIO. (Me mira!)

FRANZ. Con licencia, mi primero.

Puedo esplicar á María
lo ocurrido?

MARÍA. ¿Qué hay de nuevo,
mi querido Franz?

FRANZ. (Querido!
Me ama! no hay duda, ¡oh! contento!

ANTONIO. (¡Qué dicha!) (Mirando á María.)

SULPICIO. (Mirando á Antonio.) (¡Mozo envidiable!)

FRANZ. ¿Ves ese hombre? (A María por Antonio.)

MARÍA. ¡Ya le veo!

FRANZ. Es un espía; un traidor.

MARÍA. ¿Qué dices?

FRANZ. Que en el momento
va á morir.

MARÍA. ¡El! ¡Morir él!
Jamás. La vida le debo...
Es mi salvador... Mirad...
Ante vosotros estrecho
su mano. Ya es vuestro amigo,
yo respondo de él.

FRANZ. ¿Qué es esto?
Tú...

SULPICIO. Cabo Franz...

FRANZ. A la órden.

SULPICIO. Ya eres amigo nuestro. (A Antonio.)
Estrecha mi mano.

ANTONIO. Gracias.

SULPICIO. Imitadme, compañeros.
Salvó á nuestra hija.

SOLDADOS. Bien.

SULPICIO. Ya es nuestro hermano.

FRANZ. Reniego...

MARÍA. ¡Mi buen Sulpicio!

SULPICIO. ¡María!

FRANZ. Con licencia, mi primero.
¿Podré yo estrechar su mano?
De amigo. (Tendiendo la mano á Antonio que se adelanta hasta él.)

ANTONIO. De hermano.
FRANZ. Bueno.
SULPICIO. Ahora para celebrar
tan grata ocasion, brindemos
por la Baviera.
ANTONIO. ¡Jamás!
TODOS. ¿Qué dice?
MARÍA. Oid, compañeros.
¡Por la Francia!
FRANZ. Eso es mejor.
TODOS. ¡Viva la Francia!
SULPICIO. Cantemos.
María, haznos escuchar
la cancion del regimiento.
MARÍA. Bien: ¡por el quinto de linea!
Oid, escuchad, que ya empiezo.

MUSICA.

MARÍA.

¡Noble y apuesto, bravo y leal.
mi regimiento no tiene igual!
Cuando las mira galanteador.
cien hermosuras penan de amor.
Cuando animoso parte á la lid,
al ver su porte fascinador,
todos le aclaman con frenesi.
¡Héle aquí!
¡No hay regimiento que brille así!

De estos soldados visto el valor,
ha decretado mi emperador;
que aquel que muestre valor igual.
sea nombrado gran mariscal.
Gloria á los bravos del regimiento
cuyo invencible noble ardimiento
el mundo aclama con frenesí.
¡Héle aquí!
¡No hay regimiento que brille así!
(Óyese un redoble de tambor.)

SULPICIO.

La fiesta ha terminado:
el eco del tambor llama al soldado:
Respeto á la ordenanza:

ANTONIO. (Adelantándose.)

Yo el primero.

SULPICIO.

Aléjate de aquí.

MARÍA. (Interponiéndose.)

Es prisionero.
Fiadle á vuestra hija; con él vamos:
mi lealtad le fia.

SULPICIO.

(Mal haces, hija mia.)
Partamos.

MARÍA Y TODOS. (Con gozo.)

¡Ah!

TODOS.

Partamos.

CORO.

Ya del tambor nos llama
el claro redoblar,
que el corazon inflama
del bravo militar.
Con ánimo esforzado
tornemos á vencer.
La vida del soldado
es vida de placer.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Paisaje montañoso.

ESCENA PRIMERA.

EL CABO FRANZ.—SOLDADOS.

FRANZ. Dos números: uno... dos...
Bien; vigilad esta parte.
Si dais con el fugitivo,
detenedle á todo trance.
Si intenta huir, fuego en él!
Y nosotros adelante;
el terreno es montañoso:
creo que en este paraje
se oculta; nuestro será.
Toda su astúcia es en valde;
le persigue el cabo Franz,
y es difícil que se escape.
En marcha pues; ¡firmes!

ESCENA II.

Los mismos y MARÍA.

MARÍA. Franz.
FRANZ. ¡Mi María!
MARÍA. Dios te guarde.
FRANZ. ¿A dónde vas por aquí?
MARÍA. Siguiéndote voy.
FRANZ. Me place.
¿Con que me sigues?
MARÍA. Te sigo.
FRANZ. (Me ama; seré galante.)
Bendita la voz que suena
en tu boca de jarabe.
La mirada que en tus ojos
para darme muerte nace;
la expresion de tu sonrisa,
la majestad de tu talle,
la intencion con que me buscas,
tu tino para encontrarme,
y la mano que me ofreces,
y los pies que aqui te traen...
MARÍA. ¡Jesús! Qué enfadoso estilo
de enamorar.
FRANZ. No te enfades.
MARÍA. No, amigo mio.
FRANZ. Es fogoso
y violento mi carácter,
y cuando digo, ¡allá voy!...
MARÍA. ¡Basta!
FRANZ. Es que...
MARÍA. Que te calles.
¿Qué buscas en estos sitios?
¿A quién persigues?
FRANZ. A nadie.

MARÍA. Habla, Franz, di la verdad.

FRANZ. Pues bien; vamos al alcance
del tirolés, de ese Antonio...
se nos escapó el tunante,
y por órden superior
le persigo.

MARÍA. ¿Y de qué nace
esa órden?

FRANZ. De que ayer
iba á morir, ya lo sabes,
cuando llegaste afanosa
hasta él, para salvarle.
Luego, como era preciso,
tuvieron los jefes parte
de lo ocurrido, y llegó
la órden de que quedase
arrestado entre nosotros,
con prohibicion de hablarte.
Mi actividad le celaba;
pero al fin logró burlarse
de mi celo, y héme aqui
decidido á todo trance
á dar con él.

MARÍA. Lo prohibo.
El no pretende escaparse.

FRANZ. No; que ya escapó; nos teme.
Espía es.

MARÍA. Disparate.

FRANZ. ¿Por qué huyó?

MARÍA. Porque me busca.

FRANZ. ¿A tí?

MARÍA. Necesita hablarme.

FRANZ. ¿Para qué?

MARÍA. Para que hablemos.

FRANZ. ¿De qué?

MARÍA. De un asunto grave.

FRANZ. ¿Con qué interés?

MARÍA. Con el de ambos.
FRANZ. ¿Por qué así?
MARÍA. Por que es mi amante.
FRANZ. ¡Trueno de Dios! ¿Pues y yo?
¿no me amas?
MARÍA. Como á un padre.
FRANZ. ¡Ya! como á un... ¡Por Dios vivo!
Bueno: sabré resignarme:
seré generoso.
MARÍA. Gracias.
FRANZ. Dominaré mi carácter
impetuoso; ámale.
Te permito que le ames.
Renuncio á tu mano, porque...
no lo tomes á desaire,
ya no quiero ser tu esposo.
Adios.
MARÍA. (¡El se acerca!)
FRANZ. (¡Calle!
él es! Si ella no le amara...
¡voto á!... ¡Miraré á otra parte!
Hagamos la vista gorda.
¡Tercien!... arms! de frente... marchen.)

ESCENA III.

MARIA.—ANTONIO.

ANTONIO. ¿Estais sola?
MARÍA. ¿No lo veis?
ANTONIO. ¿Puedo llegar?
MARÍA. Adelante.
Necesito reprenderos.
ANTONIO. ¡María!
MARIA. Sois muy culpable.
ANTONIO. ¿De qué?

MARÍA. ¿Y lo preguntais?
¡Pues! Para qué os escapásteis
del arresto?

ANTONIO. Para hablaros.

MARÍA. Es que arriesgais...

ANTONIO. Que me maten.
Entre morir ó vivir
lejos de vos, no es dudable
la eleccion; sin vos, María,
me es la vida insoportable.

MARÍA. ¡Oh! ¡ponderais!

ANTONIO. No.

MARÍA. Más calma.
Sed más juicioso.

ANTONIO. No es fácil:
me ostigan; me precipitan,
no hay uno que bien me trate.
El tal Sulpicio... el sargento,
con su áspero semblante
me irrita. ¡Viejo más cocora!

MARÍA. Tratadle bien, que es mi padre.

ANTONIO. ¡Ah! ¿Es vuestro padre? Perdon.
Le respetaré.

MARÍA. Amadle.

ANTONIO. Bien.—Lo que es el cabo Franz
me la ha de pagar.

MARÍA. ¿Qué os hace?

ANTONIÓ. Que me insulta, me provoca.
Es un ente insoportable.

MARÍA. Que es mi padre; hablad mejor.

ANTONIO. ¡Cómo! ¿Los teneis á pares?

MARÍA. Más aun.

ANTONIO. ¿Qué estais diciendo?

MARÍA. Muchos más.

ANTONIO. ¿Quereis burlarme?

MARIA. Cada uno del regimiento
mi padre se nombra.

ANTONIO. ¡Diantre!
¿Mas cuál lo es de cierto?
MARÍA. Todos.
ANTONIO. ¿Sois hija de tres mil padres?
MARÍA. Igual ternura les debo.
Todos con celo entrañable
me cuidan; su hija adoptiva,
mi bien es su afan constante.
ANTONIO. Ya comprendo; y siendo así,
preciso es que yo los ame:
los amaré; mas que no
me obliguen á separarme
de vos, que fuera mi muerte.
MARÍA. ¿Por qué extremo semejante?
ANTONIO. ¿No lo sabeis? Porque os amo.
MARÍA. ¿Que vos me amais?
ANTONIO. Como nadie.

MUSICA.

MARÍA.
¿Quién lo acredita?
ANTONIO.
Quien os adora.
Oid, María; juzgad ahora.
MARÍA.
Decid; hablad,
y aclaremos la verdad.
ANTONIO.
Mi pecho amante jamás olvida
el dulce instante que os dió la vida;
que vuestra imágen encantadora
quedó por siempre gravada en mí.
MARÍA.
Poco abona esa memoria,
si es memoria nada más.
ANTONIO.
Advertid que es el principio;
permitidme continuar.

MARÍA.

Decid ; hablad,
y aclaremos la verdad.

ANTONIO.

Sin pena dejo mi pátria hermosa;
de mis amigos la fé amorosa:
por vos, María, lo arrostro todo:
todo lo olvido por vuestro amor.

MARÍA.

Tan notable indiferencia
yo no os debo perdonar.

ANTONIO.

Con fé constante do quier os sigo.
de vos ausente no sé vivir;
y arrostro el fuego del enemigo.
que á vuestro lado dulce es morir.

MARÍA.

¡Desvarío! ¡Desvarío!

ANTONIO.

De vos ausente la muerte ansío.

MARÍA.

Si es vuestra vida el amor mio
para él al menos debeis vivir.

ANTONIO.

Ansiando cuidadoso
tan grata confesion,
palpita venturoso
mi amante corazon.

MARÍA.

Ansiando cuidadoso
tan grata confesion
palpita venturoso
mi amante corazon.

ANTONIO.

Ved cuánto os amo.

MARÍA.

Sea en buen hora.

ANTONIO.

¿Y vos, María?

MARÍA.

Juzgad ahora.

ANTONIO.

Decid; hablad,
y aclaremos la verdad.

MARÍA.

Al ruego amante mostréme esquiva,
feliz amando la soledad;
mas hoy mi alma de amor cautiva
soñó más grata felicidad.

ANTONIO.

Muy bien hablado.

MARÍA.

La guerra amé,
y á mi enemigo juré abatir...
por uno tiemblo que amante hallé
que cual yo siento, sabe sentir.

ANTONIO.

Muy bien sentido.

MARÍA.

Y desde el dia horrendo,
que fuí vuelta á la vida,
el grato olor sintiendo
de esta flor que regaba vuestro llanto...

ANTONIO.

¿Y bien?

MARÍA.

Desde ese instante;
emblema de amor santo,
no salió nunca de mi seno amante.

ANTONIO.

Ansiando cuidadoso
tan grata confesion,
palpita venturoso
mi amante corazon.

MARÍA.

Ansiando etc.

LOS DOS.

Guardar tu vida ansío

en éxtasis de amor.
No alcanza el pecho mio
felicidad mayor.

ESCENA IV.

MARÍA.—ANTONIO.—SULPICIO.

HABLADO.

SULPICIO. ¡Mil bombas! ¡Qué veo!
MARÍA. (¡Ah!
Sulpicio!)
SULPICIO. Largo de aquí!
ANTONIO. Una palabra.
SULPICIO. No ví
igual osadía.
ANTONIO. ¡Bah!
un beso en la mano... eso
no significa...
SULPICIO. ¡En mal hora!
Me vás tú á esplicar ahora
lo que significa un beso?
ANTONIO. Es mi esposa, no os asombre!
SULPICIO. ¿Tu esposa? ¡Rayo de Dios!
ANTONIO. Dichoso seré, si vos
consentís...
SULPICIO. ¡No, por mi nombre!
ANTONIO. ¡Oidme!
SULPICIO. Largo de aquí!
ANTONIO. ¡Escuchad, por Belcebú!
SULPICIO. ¡Y jura! ¿Su esposo tú!
¡No, mientras yo viva!
ANTONIO. Sí.
Aun habrá en el regimiento

quien oiga mi pretension;
que me sobra corazon
para conseguir mi intento.

ESCENA V.

MARÍA.—SULPICIO.

SULPICIO. Vaya con mil diablos! Truenos!
MARÍA. ¡Qué suavidad! ¡Qué dulzura!
SULPICIO. ¿Me riñes? Crees por ventura
que es el lance para menos.
MARÍA. Ni para tanto.
SULPICIO. Por Cristo!
MARÍA. Una mano me pidió;
se la dí: ni más habló....
ni ha hecho más de lo que has visto.
SULPICIO. ¿Pudo hacer más que besar?
MARÍA. ¿Y un beso te altera así?
Solo una mano le dí...
SULPICIO. ¿Qué más le querias dar?
Tu serenidad me espanta!
me deja atónito, y
me enfurece!
MARÍA. En cambio á mí
tu amabilidad me encanta.
SULPICIO. No le volverás á ver.
Espía ya declarado,
hoy mismo será juzgado.
MARÍA. ¡No será!
SULPICIO. ¿Pues no ha de ser?
Está en mi poder!
MARÍA. No está!
SULPICIO. Morirá!
MARÍA. No!
SULPICIO. Cien legiones

de demonios, si te opones,
fusilado morirá!

MARÍA. Sulpicio!

SULPICIO. Nada tenemos
que tratar ya entre los dos.
Morirá! Trueno de Dios!

MARÍA. Rayo de Dios! lo veremos!

SULPICIO. ¿Qué has dicho?

MARÍA. Que libre soy.
Que á nadie debo obediencia.
Que huyo de vuestra presencia
que tanto me ofende hoy!

SULPICIO. María.

MARÍA. Ya entre los dos
nada hay que tratar.

SULPICIO. María!

MARÍA. Herísteis el alma mia!
No sois nada mio! Adios!

SULPICIO. Bien; si alejarte deseas,
adios! Pues que así lo quieres,
ya que tan ingrata eres,
vete ya... y dichosa seas!
Ah! Mil afanes prolijos
me has costado... mas qué importa?
A la larga ó á la corta
igual pago dais los hijos!
Adios! (Mil bombas! Se vá!
Me oprime el alma su accion!
¿Qué es esto?—Lágrimas son!
Por Cristo!—No las verá!)

MARÍA. (Llora!)

SULPICIO. (He de perder el juicio!
Vamos! Ya se ha ido! Bueno.
Ya estoy tranquilo... sereno.)
Voto á mi nombre!

MARÍA. (*Que ha seguido los movimientos de Sulpicio, llegando con precaucion hasta él y arrodillándose á sus piés.*) ¡Sulpicio!

SULPICIO. ¿Eh?
MARÍA. Padre mio, perdon!
SULPICIO. No.
MARÍA. Por él á tus piés vengo.
Perdona. No ves que tengo
afligido el corazon!
SULPICIO. ¡Mil rayos! ¡Levanta!
MARÍA. Bien.
¿Perdonas?
SULPICIO. Perdono.
MARÍA. ¡Sí!
¡Qué ceño! una risa... ¡así!
¿Me das un abrazo?
SULPICIO. ¡Ven!
¡Sumisa vuelves!
MARÍA. ¿Lo extrañas?
Tienes razon... ¡no soy buena!
voto á... ¡Si vieras qué pena
siento cuando me regañas!
SULPICIO. ¡Eh! Pelillos á la mar.
MARÍA. ¿Pasó el enojo?
SULPICIO. Pasó.
MARÍA. Entonces... en marcha.
SULPICIO. No.
Vete; yo te iré á buscar.
MARÍA. ¿Te quedas?
SULPICIO. Tengo que hacer;
pero solo, sin testigo.
Tengo que hablar á un amigo
que no tardará en volver.
De tí hablaremos los dos,
y si él trae honrados fines...
yo...
MARÍA. Lo que tú determines:
tuyo es mi albedrío. Adios.

ESCENA VI.

SULPICIO.

¡Soy feliz! ¡lo que se llama
feliz! Lloro... ¡soy un niño!
Mas ¡qué diablo! ¡su cariño
me enorgullece! ¡Me inflama!
Lo que ella ordene ha de ser,
que es suya mi voluntad.
Es una debilidad...
pero qué le hemos de hacer?
¿Qué es esto? ¿Hay tumulto? ¡Ah!
es el relevo del puente.
¡Qué veo! ¡Bravo! A su frente
vuelve María. ¡Voto á!...

MUSICA.

CORO.

Rataplan, rataplan.
Suene sin cesar
el redoble del tambor:
incentivo del valor
y ventura singular,
halle el militar
en su atronador
claro redoblar.
Rataplan, rataplan,
plan.
Viva el estrago de la batalla
y la victoria y el noble ardor;
viva la muerte que el bravo halla
de su bandera bajo el amor.

ESCENA VII.

SULPICIO.—MARQUESA.—ORTENSIO.

MARQUESA. ¿Y dónde está ese oficial?
ORTENSIO. Mirad, señora, aquel es.
MARÍA. Llegad.
ORTENSIO. Señor comandante...
SULPICIO. ¡Vive el cielo! ¿Tú otra vez?
ORTENSIO. ¡Perdonad! No vengo solo.
SULPICIO. ¡Voto al diablo!
ORTENSIO. No jureis.
Mi señora la Marquesa
desea hablaros.
SULPICIO. ¡Oh! ¡Bien!
Perdon, señora.
MARQUESA. ¡Es amable!
(¡Ay! ¿cómo no, si es francés?)
SULPICIO. ¿Me buscábais?
MARQUESA. Si, señor
capitan.
SULPICIO. (¿Ésta tambien?
¿qué tendré yo de notable
que asi me hacen ascender?)
ORTENSIO. Mi señora...
SULPICIO. ¡Punto en boca!
Me teneis á vuestros pies.
MARQUESA. Gracias, señor capitan.
SULPICIO. (¡Dále!)
MARQUESA. Quisiera saber
si puedo ya sin recelo
seguir mi viaje.
SULPICIO. Sí á fé.
¿Vais lejos?
MARQUESA. A mi castillo,
que acata sumiso y fiel

las órdenes de la Francia.
Y ya que sois tan cortés,
dadme una pequeña escolta,
que hasta allí amparo me dé.

SULPICIO. ¿Hasta dónde?

MARQUESA. Hasta mi casa.
Desde estos montes se ven
las almenas del castillo;
las torres de Berkenfield.

SULPICIO. ¿De Berken?... ¿Cómo habeis dicho?

MARQUESA. De Berkenfield.

SULPICIO. ¿De Berken...?
¡Maldito nombre!

MARQUESA. ¿Qué escucho?
¿Maldecis mi nombre?

SULPICIO. ¡Eh!
¡Vuestro nombre! ¡Mala bomba! —
Perdonad.— ¡Voto á Luzbél!

MARQUESA. ¿Qué os sucede?

SULPICIO. Una palabra.
¿Tiene ese nombre que ver
con el nombre de Roberto?

MARQUESA. ¿Cómo? Roberto. Pues qué,
¿le habeis conocido?

SULPICIO. No.
¿Y vos?

MARQUESA. ¡Ay! ¡Era francés!

SULPICIO. ¿Le habeis conocido?

MARQUESA. ¡Ay! ¡Mucho!—
Es decir... yo no.

SULPICIO. ¿Pues quién?

MARQUESA. (¡Oh rubor!) Otra persona...

SULPICIO. ¿De vuestro nombre?

MARQUESA. Eso es.

SULPICIO. ¿Prima? ¿Hermana?

MARQUESA. Sí, mi hermana.

SULPICIO. ¿Vive?

MARQUESA. Murió.
SULPICIO. ¡Voto á cien!
MARQUESA. Mas el capitan Roberto
dejó á su muerte...
SULPICIO. Sí á fé.
Una niña.
MARQUESA. ¡Sí! ¡Dios mio!
Antes de su muerte, él
la encomendó á mi cuidado.
Pero el anciano por quien
debí hallarla, hace quince años,
á su paso murió al pié
de estas montañas, y pienso
que en ellas murió tambien
mi... mi heredera.
SULPICIO. Ya estoy,
vuestra sobrina.
MARQUESA. Eso es.
ORTENSIO. Que hoy seria Baronesa.
MARQUESA. ¡Es un ángel! ¡Murió!
SULPICIO. ¡Qué!
Es un ángel!... pero vivo!...
MARQUESA. ¿Qué decís?
SULPICIO. Nada... ¡oh placer!
vive... gracias á nosotros.
MARQUESA. ¿Es cierto?
SULPICIO. ¿Pues no ha de ser?
MARQUESA. ¡Vive! Ah... Sostenedme!
SULPICIO. ¿Yo?
¿Puedo yo tenerme en pié?
MARQUESA. ¿Quién la salvó?
SULPICIO. Mil valientes
que cuidaron su niñez
con amoroso desvelo.
MARQUESA. ¿Dónde está? ¿La conoceis?
SULPICIO. ¡Mil bombas! ¿Si la conozco?...
MARQUESA. ¡Dónde está!

SULPICIO. Conmigo; si es
parte de mi regimiento.
MARQUESA. ¿Entre soldados?
SULPICIO. Sí á fé.
Pues si es nuestra cantinera.
MARQUESA. ¡Horror! ¡Ella! ¡Un Berkenfield?
SULPICIO. ¡Un Berkenfield!
MARQUESA. Imposible!
¿Teneis la prueba?
SULPICIO. ¿De qué?
MARQUESA. De que es mi sobrina.
SULPICIO. ¡Toma!
Guardo en el pecho un papel
que lo acredita. María
es vuestra sobrina.
MARQUESA. ¿A ver?
SULPICIO. Al momento. Mas qué veo?
ella viene.
MARQUESA. ¿Dónde?
SULPICIO. Ved.

ESCENA VIII.

Los mismos.—MARIA.

MARÍA. A la orden, mi sargento.
SULPICIO. Vedla!
MARÍA. Señora, perdon.
No os vi.
MAQUESA. (¡Ella! ¿Será ella?)
MARÍA. ¿Quién es esta dama? (Bajo á Sulpicio.)
SULPICIO. (Con exagerada expresion.) ¡Oh!
MARÍA. ¿Qué dices? ¿qué estás haciendo?
SULPICIO. Cumplir con mi obligacion.
Leed, señora Marquesa. (Dando una carta á la Marquesa.)
MARÍA. ¡Marquesa!

SULPICIO. Si, voto á brios!
MARÍA. ¡Sulpicio!
SULPICIO. ¡Ah, sí, hija mia!
Tu viejo Sulpicio soy!
Tu padre!
MARÍA. Pero ¿qué tienes?
noto en tí una agitacion...
SULPICIO. Es claro... ¡el gozo! ¡la dicha!
si supieras...
MARÍA. Por favor,
habla.
SULPICIO. Encontré tu familia.
MARÍA. ¿Mi familia?
SULPICIO. ¡No que no!
Y vas á ser Baronesa...
y Marquesa... si señor!
Eres la única heredera!
¡Qué lujo! ¡Qué ostentacion
te aguarda! ¡Qué gran palacio!
¡Qué castillo, vive Dios!
y ¡qué nombre! ¡Berkenfield!
¿te gusta el nombre? A mí no.
MARÍA. ¿Es posible?
SULPICIO. Sí; hija mia.
Y bien. (A la Marquesa.)
MARQUESA. Teníais razon.
Es letra del capitan
Roberto.
SULPICIO. No os dije yo!
MARÍA. Qué dice?
SULPICIO. Dice que eres
su sobrina. ¿Qué haceis vos?
MARQUESA. Ah! sí, ven: dame los brazos.
MARÍA. Con todo mi corazon!
¿Vos sois mi tia? ¡Mil rayos!
¡Me place!
MARQUESA. (Y jura! ¡Qué horror!)

Bien la educásteis.

SULPICIO. A mi
me debe su educacion.

MARQUESA. Sois muy leal; muy honrado.
Yo os estimo.

SULPICIO. Tanto honor...

MARÍA. Es mi padre; un veterano
como hay pocos, vive Dios!
Bajo este adusto semblante,
y este bigotazo atroz,
se oculta un alma muy noble!
Que late aquí un corazon,
incapaz de una bajeza;
lleno de virtud y amor!

MARQUESA. ¡Eh! ¡quita allá, zalamera!

MARÍA. ¡Sulpicio!

MARQUESA. Sin dilacion,
nuestro carruaje, Ortensio.

ORTENSIO. ¿Ella partirá con vos?

MARQUESA. Sí.—Tu familia te espera.
Deja estos lugares.

MARÍA. (Abrazando á Sulpicio.) ¿Yo?

MARQUESA. Heredera de mi nombre,
vas á vivir desde hoy
en el fausto... la opulencia.

MARÍA. Gracias! Prefiero su amor.

MARQUESA. Me seguirás. Yo lo mando.

SULPICIO. Cumple con tu obligacion.
Lo manda.

MARIA. ¿Con qué derecho?

MARQUESA. El que al morir me legó
tu desventurado padre.

MARÍA. ¡Mi padre!

MARQUESA. (Dando á Maria la carta.) Esa es mi razon.

MARÍA. (Leyendo.) «Señora: Mañana nos batimos: mañana quizás dejaré de existir. Os confio á mi hija que no tiene á nadie en el mundo sino á vos: quiera el cielo que halleis

en su cariño la recompensa de vuestras bondades para mí, y olvideis por ella las culpas de su padre que la bendice.—Roberto.»

¡Ah! ¡Señora...!

MARQUESA. Ven!

SULPICIO. ¡Mil rayos!—
¡Parte, hija mia, valor!

MARÍA. Bien; partiré. ¿Mas vosotros
ireis á verme?

SULPICIO. ¡Pues no!

ORTENSIO. ¡Jesucristo! ¡Un regimiento!

MARQUESA. No perdamos tiempo.

MARÍA. ¡Oh!
Un momento. Permitidme
siquiera decir adios
á mis camaradas.

SULPICIO. Es
muy justa esa peticion.

MARQUESA. Bien está. ¿Qué haceis, Ortensio?
Prevenid caballos.

ORTENSIO. Voy.

MARQUESA. Vamos, pues. Venid, Sulpicio.

SULPICIO. Vuestro humilde servidor.

ESCENA IX.

ANTONIO.—FRANZ y SOLDADOS.

(Franz y los soldados aparecen por la derecha y ocupan en dos grupos los segundos términos de izquierda y derecha. Antonio llega por la derecha.)

ANTONIO. Al fin os hallo. (A todos.)

FRANZ. Qué veo!
Tu aquí? Tamaña osadía!

ANTONIO. Vengo en nombre de María.
Ser vuestro amigo deseo.

FRANZ. En buen hora. No dirás
que desatendido eres;
y pues ser mi amigo quieres,
ya eres mi amigo. ¿Qué más?
ANTONIO. Que acojais la pretension
que hasta vosotros me guia.
Sabed que amo á María
con todo mi corazon.
FRANZ. Lo sé: eres mi rival.
ANTONIO. Ella me ama.
FRANZ. Concedido.
Y ¿qué más?
ANTONIO. Su mano os pido.
FRANZ. Negada. ¿Qué más?
ANTONIO. ¿Hay tal?
¿No oís que la amo?
FRANZ. Toma!
Yo tambien, y soy primero.
ANTONIO. Es que ser su esposo quiero.
FRANZ. Y yo. No pienses que es broma.
ANTONIO. Vos sois su padre.
FRANZ. En el nombre.
Y aunque mis pasiones domo,
soy hombre... y la amo... como
la puede amar el más hombre.
¿Vaya! ¿Que si la amo yo?
Toma! Ni como... ni duermo...
y una vez caí enfermo
porque me dijo que no.
Y advierte que acongojado
me pongo cuando la veo.
Y mira que no deseo
más bien que estar á su lado.
Que su mirada me inflama.
Que me hiela su rigor.
Si esto no se llama amor,
dime tú cómo se llama.

ANTONIO. Tanta calma me enagena.
¿Qué determinais?
FRANZ. Por mí...
¿Dices que ella te ama?
ANTONIO. ¡ Sí!
FRANZ. Pues que sea enhorabuena.
Para ceder á razones
con todos me las apuesto:
yo me pinto solo en esto
de dominar las pasiones.
ANTONIO. ¡Oh! ¡gracias!
FRANZ. ¿A dónde vas?
ANTONIO. ¿No me la dais por esposa?
FRANZ. ¿A María? No hay tal cosa.
Eres vivo por demás.
ANTONIO. ¿Cómo?
FRANZ. Lo siento infinito,
mas desairarte es forzoso.
Para que seas su esposo
aun te falta un requisito.
ANTONIO. ¿Cuál?
FRANZ. Existe un juramento
que de ella te desvía.
El esposo de María
debe ser del regimiento.
ANTONIO. ¿Y bien?
FRANZ. Que esa es circunstancia
indispensable: ¿ qué quieres?
Y tú eres paisano, y eres
enemigo de la Francia.
ANTONIO. Pues bien: desde este momento
á vosotros me uniré.
Quiero ser soldado... ¿Y qué?
¿Aun rechazareis mi intento?
FRANZ. No. ¿Eh? ¿Camaradas?
TODOS. No.
FRANZ. Ya eres nuestro compañero,

ya es tuya María ; quiero
ser vuestro padrino yo.

ANTONIO. ¡Oh! ¡Gracias! Soy venturoso!
Eterna amistad!

FRANZ. Si á fé:—
Paciencia. Dominaré
mi carácter impetuoso.

ESCENA X.

LOS MISMOS.—MARÍA.—SULPICIO.

MUSICA.

ANTONIO.
Tu padre nos bendice, esposa mia.

SULPICIO.
No es ya tu esposa la gentil María.
Ella parte de aquí.

CORO.
No; ¿quién lo ordena?
No huirá de nuestro lado.

ANTONIO.
¡Me deja! ¡Amarga pena!
(A María.) Mi espíritu serena.
¿Quién te aleja de mí?

MARÍA.
Deber sagrado.

¡Debo partir!
de vuestro afecto santo,
de estos sitios de amor es fuerza huir.
Mas por favor
secad el tierno llanto.
Vuestro dolor,
llena mi pecho de mortal quebranto!
¡Debo partir!

¡Voy á partir!
Adios, mis compañeros;
vuestra memoria guardará María.
Ved mi dolor!
Vosotros los primeros
sois en mi amor,
Dad un recuerdo á la memoria mia!
¡Voy á partir!

SULPICIO.

Sin el cariño de la hija mia,
¿de qué la vida me servirá?

ANTONIO.

¡Me oprime el alma tu despedida!
Mi vida entera contigo vá.

CORO.

Me oprime el alma su despedida,
mi vida entera con ella vá.

MARÍA.

El tierno llanto de mí guardad.

ANTONIO.

Si es preciso partir, yo iré á tu lado.

SULPICIO.

Primero es tu deber; eres soldado.

MARÍA.

¡Mi bien!

ANTONIO.

¡Mi dulce encanto!

MARÍA.

Irresistible iman hallo en su acento!
Es preciso partir: cruel tormento!

CORO.

¡Penosa partida!
Llorando está.
A nuestro amante seno
tal vez no volverá.
Altiva y donosa
fué en guerra y en paz,
honor del regimiento,
nuestro ángel tutelar!

ANTONIO Y MARÍA.

Ya mi esperanza por siempre huyó.
Cual humo leve despareció.
La vida miro perdida ya.
Tu ausencia ¡ ay míscra ! me matará.

MARÍA.

En mi amarga despedida
yo te juro eterno amor.

ANTONIO.

Guarda fiel en tu memoria
el recuerdo de mi amor

SULPICIO Y CORO.

Para escena tan penosa
en mi pecho no hay valor.

HABLADO.

SULPICIO. ¡ Adios, hija!—¡Voto á brios!
¡Por nuestra hija!—¡Alinear!
¡Al hombro!—¡Presenten!—¡Ar!

MARQUESA. Ven.

SULPICIO. ¡Adios!

MARÍA. ¡Adios!

TODOS. ¡ Adios!

(María, conducida por la Marquesa, se despide con la accion de los sóldados que presentan las armas.)

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon.—En el fondo una galería que dá vista á un parque; á la derecha del actor, dos puertas practicables; á la izquierda, en primer término, un balcon, y en segundo una ventana: retratos de familia colgados en los muros del salon.

ESCENA PRIMERA.

ORTENSIO.—SULPICIO.

ORTENSIO. Adelante. (Conduciendo á Sulpicio.)
SULPICIO. ¿A dónde vamos?
ORTENSIO. Esperad en este sitio.
Descansad; tomad asiento.
SULPICIO. ¡Bah! ¿Ceremonias conmigo?
Yo nunca me canso.
ORTENSIO. Bueno,
lo que vos gusteis.
SULPICIO. Lo dicho.
ORTENSIO. Teneis un genio....
SULPICIO. Al asunto,
que me enojan los cumplidos.
Vuestra señora me llama;
anunciadla que he venido.
ORTENSIO. Si supiérais...
SULPICIO. ¡Media vuelta!

¡Largo!

ORTENSIO. ¡Ay! Señor Sulpicio, sabed...

SULPICIO. ¡Silencio en las filas!

ORTENSIO. Si supiérais...

SULPICIO. ¡Por Dios vivo!

ORTENSIO. Si os dijera...

SULPICIO. ¡Mil centellas!

ORTENSIO. Es que ignorais...

SULPICIO. ¡Truenos! ¡Listo!

ORTENSIO. ¡Qué barbaridad!

SULPICIO. ¿Qué dices?

ORTENSIO. ¿Yo? Que ya estoy convencido.

SULPICIO. ¿De qué?

ORTENSIO. De que sois el hombre más encantador que he visto.

SULPICIO. No me gustan las lisonjas.

ORTENSIO. No; que es justicia. (¡Cernícalo!)

SULPICIO. ¿Qué murmuras?

ORTENSIO. Nada.

SULPICIO. ¡Largo!

ORTENSIO. Servidor vuestro.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—LA MARQUESA.

MARQUESA. ¿Qué gritos?...

ORTENSIO. Nada, señora.

SULPICIO. A la órden.

ORTENSIO. Creed que no dí motivo...

SULPICIO. Sí dió.

MARQUESA. Salid.

SULPICIO. Estantigua!

ORTENSIO. (Este hombre es atróz.)

ESCENA III.

MARQUESA.—SULPICIO.

MARQUESA. Sulpicio,
llegad.

SULPICIO. Señora Marquesa,
perdonad si me he excedido.

MARQUESA. No hableis de ello.

SULPICIO. ¿Qué quereis?
No está uno siempre del mismo
talante, y hay ocasiones...

MARQUESA. ¿Qué os sucede, amigo mio?

SULPICIO. ¡Oh! No os cuideis... vos primero.
Me llamásteis, y he venido.
Disponed de mí.

MARQUESA. A su tiempo.
Ante todo necesito
saber qué os aflije.

SULPICIO. Nada.

MARQUESA. Os lo mando... os lo suplico.

SULPICIO. Gracias.—Rechazo la súplica,
porque al mandato me humillo.

MARQUESA. Sois cortés.

SULPICIO. Soy militar.

MARQUESA. Honrado sois.

SULPICIO. Soy Sulpicio.

MARQUESA. ¿Y bien?

SULPICIO. Señora Marquesa...
yo no sé cómo deciros...
Dado á los diablos estoy,
sin saber por qué motivo.
No ahora; cuando esta mañana
desperté, estaba lo mismo.
Con un afan... una pena...
¡sentí en el pecho un vacío!

Pasé toda la mañana
con un pensamiento fijo;
pensando en María. Hace
seis dias que no la he visto.

MARQUESA. Vuestra es la culpa; habitad
con nosotras el castillo.

SULPICIO. ¿Y el regimiento?

MARQUESA. Olvidadle.

SULPICIO. Jamás dejaré el servicio.

MARQUESA. Como gusteis. Mas venid;
no nos echeis en olvido.
Seis meses há que María
vive á mi lado; al principio,
no pasaba un solo dia
sin que viniérais solícito
á visitarnos: despues...
sin explicarme el motivo,
dísteis en faltar.

SULPICIO. Es cierto.
Pero hoy...

MARQUESA. Sí; ha sido preciso
que os llame yo.

SULPICIO. Y héme aquí.
Antes hubiera venido;
porque sin ver á María
no acierta á vivir Sulpicio.
Mas yo soy adusto, inquieto;
ya veis... militar antiguo...
y cuando me contrarían,
no soy dueño de mí mismo.
Por eso no vengo; vos...
hallando que es buen partido,
casais á María; ella...
acata vuestros designios...
y suspira... y gime... y yo...
¡mil bombas! tambien suspiro.

MARQUESA. ¿Con que es decir que no cuento

con vos?

SULPICIO. Por Dios Uno y Trino,
en todo y por todo. No
siendo para el consabido
enlace.

MARQUESA. Para eso os llamo.
Ved que es grande el compromiso.
No me abandoneis.

SULPICIO: (¡Mil rayos!)
Siento...

MARQUESA. Ayudadme.

SULPICIO. Ya he dicho...

MARQUESA. Hoy se firman los contratos.

SULPICIO. Aun es tiempo...

MARQUESA. Amigo mio,
es tarde.

SULPICIO. ¡Bah!

MARQUESA. Está empeñada
mi palabra.

SULPICIO. (Con rapidez.) Eso es distinto.
Siendo así, empeño la mia
de ayudaros. (¡Vive Cristo!)

MARQUESA. Gracias. Hablad con María;
en ella ejerceis dominio:
persuadidla.

SULPICIO. ¿Qué? ¿Se niega?

MARQUESA. No; mas viene á ser lo mismo.
Se expresa de una manera...
Qué modales, Jesucristo!
Siempre hablando de revistas...
de batallas... de peligros...
de su cantina... del rancho...
Aclamando el ejercicio
de las armas... ¡Dios eterno!

SULPICIO. Pues todo eso es muy digno.

MARQUESA. ¡Callad! ¡Una Baronesa
de Berkenfield! ¡Primer titulo

de Alemania! ¡Y añadid
que va á ser por su marido
Duquesa de Crakentorp!

SULPICIO. ¡Oh! ¡Crakentorp!

MARQUESA. ¡Ay, Sulpicio!
Salvadme.

SULPICIO. ¿Y cómo? (¡Mil rayos!)
Yo la enseñé esos principios;
solo yo.

MARQUESA. Que los olvide.

SULPICIO. ¡Bá! Son resábios antiguos
difíciles de olvidar.

MARQUESA. Que los olvide. ¡Es preciso!

SULPICIO. Bien está.

MARQUESA. Ayudadme.

SULPICIO. Ós dí
mi palabra.

MARQUESA. En vos confio.

ESCENA IV.

Los mismos.—MARIA.

MARÍA. ¿Tú aquí, Sulpicio?

SULPICIO. ¡Cien truenos!
¡Ven acá! ¡Cuando yo digo!...
Alza esa frente. ¿Qué tal?
Vaya un semblante festivo
para una novia.

MARQUESA. Venid.
¿Es ese vuestro cariño?
Dadme un abrazo. ¿Y á él? (Por Sulpicio.)

SULPICIO. ¡Aprieta! (A la Marquesa.) Contad conmigo.

MARÍA. ¿Para qué?

SULPICIO. Para un asunto

muy importante... (La Marquesa le impone silencio recatándose de María.) (No chisto.)
Que no te importa.

MARÍA. ¡Qué amable!

MARQUESA. No te incomodes; exijo
de tí que hoy estés contenta.

MARÍA. Por complaceros...

MARQUESA. ¡Magnifico!
No tardarán en llegar
el notario... los testigos...
¡Qué brillante reunion!
Apropósito; es preciso
que admiren tu habilidad...
¿No habrás echado en olvido
aquella romanza?...

MARÍA. ¿Cuál?

MARQUESA. Hela aquí. ¿A ver? «Los suspiros
de Diana.» ¡Oh! ¡Bella música!
¡Qué andante tan expresivo!
De un autor francés.

SULPICIO. ¿Francés?
Buena será.

MARÍA. (¡Ay Sulpicio!
Valen más nuestras canciones.)

SULPICIO. ¡Oh! !Ya lo creo! ¡Por Cristo!
no hay nada mejor.

MARÍA. ¿Te acuerdas?

SULPICIO. Vaya.

MARQUESA. ¡Qué andante! ¡Divino!
Repasa este andante.

MARÍA. Ahora...

MARQUESA. Nunca mejor.

MARÍA. (¡Qué fastidio!)

MARQUESA. Siéntate al clave.

MARÍA. Sea pues.

MARQUESA. Oid. (A Sulpicio.)

SULPICIO. Me place.

MARQUESA. Dá principio.

MUSICA.

MARÍA.

«Era Diana hermosa y pura
como una estrella del cielo azul;
hallóla Aurelio por su ventura
envuelta en velos de blanco tul.»

SULPICIO.

Nuestras canciones me gustan más.
¡Rataplan, rataplan, rataplan!
Mi regimiento no tiene igual.

MARQUESA.

¡Oh! ¡qué horrible cancion!

MARÍA.

¡Perdon! ¡perdon!
fué leve distraccion.—

«Como es Aurelio tan fino amante.
todos bendicen su fé constante.
Todos le aclaman por su valor
con frenesí.»

MARÍA Y SULPICIO.

Todos le aclaman con frenesi!
Héle aquí,
No hay regimiento que brille así!

MARQUESA.

¡Cancion horrible! ¡Callad, callad!

MARÍA Y SULPICIO.

¡Oh! ¡qué monótono! ¡Qué aire tan lánguido!
Tan fea música no oí jamás!
Yo amo el estrépito de los clarines!
Nuestras canciones me gustan más!

MARQUESA.

Siga el andante.

MARÍA.

Sea por vos.
(Ya seguiremos nosotros dos.) (Á Sulpicio.)

« Al fin Diana creyó en su amante
que mentiroso la abandonó!
Y la cuitada, sola y errante,
hondos suspiros al viento dió. »

MARQUESA.

¡Oh! ¡qué suspiros tan dulces dás!

MARÍA.

¡Ah, ah, ah, ah!

MARQUESA.

Más dulce, más.

SULPICIO.

Mejor me suena que esos suspiros
de los tambores el redoblar.

MARQUESA.

Más dulce. Fuerte. Más piano aquí,
piano, pianísimo. Mal, no es así.

MARÍA.

Renuncio desde ahora.
Más plácida armonía
hallé en mi regimiento.

MARQUESA.

¡Oh Dios! ¡María!

MARÍA Y SULPICIO.

Rataplan, rataplan, rataplan,
mi regimiento no tiene igual.

MARQUESA.

¡Tu cabeza desvaría!
No es cordura comparar
á tan bella melodía,
ese estruendo militar.

ESCENA V.

MARÍA.—SULPICIO.

HABLADO.

MARÍA. Se fué. La hemos ahuyentado.
Mejor. Con más libertad

hablaremos.

SULPICIO. Es verdad.

MARÍA. Recordemos lo pasado.
¿Te acuerdas, Sulpicio?

SULPICIO. ¡Ba!

MARÍA. Jamás olvidaré yo
aquel tiempo. ¿Y tú? ¿Á que no
puedes olvidarte?

SULPICIO. ¡Ca!

MARÍA. ¿Y he de aceptar una union
que detesto? No haré tal.
¡Me insubordino!

SULPICIO. Cabal.

MARÍA. ¡Protesto!

SULPICIO. Tienes razon.—
Es decir... (¡Rayos!) Tú debes
obediencia... es menester
que cedas.

MARÍA. No puede ser.

SULPICIO. (¡Voto á...!) Mira... no lo lleves
á mal... yo te lo aconsejo.

MARÍA. ¿Qué dices?

SULPICIO. Cede, hija mia.
¡Ya ves! ¿Quién desearia
tu bien, mejor que este viejo?

MARÍA. Ninguno.

SULPICIO. ¡Cómo ha de ser!
Por lo mucho que te quiero...
cede... ¡y sé feliz! Primero
que la voluntad, el deber.

MARÍA. Es cierto...

SULPICIO. ¡A vivir! ¡Qué quieres!
Ya son otros tiempos.

MARÍA. Bien.

SULPICIO. Apropósito. Tambien
debes pensar en quién eres.
Que hables de milicia... pase;

pero tu vida no cuentes.
Es fuerza que te presentes
como conviene á tu clase.

MARÍA. ¿Cómo?

SULPICIO. No hables del servicio
militar... ni de batallas...
ni... sé digna.

MARÍA. ¿Indigno hallas
el militar ejercicio?

SULPICIO. (¡Rayos!)

MARÍA. ¿Qué has dicho?

SULPICIO. (¡Reniego...!)

MARÍA. ¿Que es mi afan indigno? ¡Oh!
¡No eres buen soldado!

SULPICIO. ¿Yo?
¡Mil bombas! ¡Se rompió el fuego!—
Recuerda el tiempo pasado.
Habla de él con afan doble.
¡Muchacha! Nada hay más noble
que la mision del soldado.

MARÍA. ¡Sí, por mi vida! ¿Te acuerdas?

SULPICIO. De todo.

MARÍA. Jamás olvido
el dia que fuiste herido.

SULPICIO. ¡En el pecho! (Con orgullo.)

MARÍA. ¿Lo recuerdas?

SULPICIO. Si me hicísteis guardar cama.
Y ahora me acuerdo...

MARÍA. ¿De qué?

SULPICIO. ¡Toma! que me desmayé
como si fuera una dama.

MARÍA. La falta de sangrè...

SULPICIO. Sí.
¡Y tú entonces te portaste!
¡con cuánto amor me cuidaste!

MARÍA. ¿Lo tienes presente?

SULPICIO. (Llevando una mano al corazon.)

¡Aquí!

MARÍA. Tres años há.

SULPICIO. Sí, hija mia,

MARÍA. En Marzo cumplen.

SULPICIO. Sí á fé.

MARÍA. Dia quince.

SULPICIO. ¡Sabes que fué
dia terrible aquel dia!

MARÍA. ¡No se vá de mi memoria!
En él murió mi teniente
Alejandro! ¡Era un valiente!

SULPICIO. ¡Así Dios le dé su gloria!

MARÍA. ¿Y el dia aquel que marchaba
avanzando el regimiento?
¡Cómo retumbaba el viento!
¿Te acuerdas? ¡Cómo nevaba!

SULPICIO. Sí.

MARÍA. Los pies me hice pedazos
en la nieve. ¡Pasé un frio!

SULPICIO. ¡Y vadeamos un rio!

MARÍA. ¡Y tú me pasaste en brazos!

SULPICIO. Es verdad.

MARÍA. No; que caimos:
resbalaste...

SULPICIO. ¿Yo?...

MARÍA. ¡No hay más!
y en medio del rio... ¡zás!

SULPICIO. Es verdad.

MARÍA. Nos zambullimos.
¡Qué risa!

SULPICIO. ¡Por mi torpeza!

MARÍA. ¡Y qué burla nos hicieron
los camaradas!

SULPICIO. Dijeron
que caimos de cabeza.

MARÍA. Es claro.

SULPICIO. ¡Buen tiempo aquel!

MARÍA. ¿Y aun querrás tú que no estalle
contra esa union, y que calle?...
¿Hay martirio más cruel?...

SULPICIO. Piensa...

MARÍA. A callar no me obligo.
Firme es mi resolucion.

SULPICIO. Es que existe una razon...

MARÍA. Ninguna.

SULPICIO. Cuando te digo...

MARÍA. Bien, pues no esperes que yo
desista...

SULPICIO. Sí harás.

MARIA. No haré.
Como me cuadre hablaré.

SULPICIO. No hablarás.

MARÍA. Sí.

SULPICIO. No.

MARÍA. Sí.

SULPICIO. No.

MARÍA. ¡Ahogaré mi sentimiento!
Martir seré. ¿Qué más quieres?

SULPICIO. Quiero que seas quien eres.
¡La hija del regimiento!

MARÍA. De ese modo...

SULPICIO. De ese modo
cumples, aunque no te cuadre,
los preceptos de tu padre:
el deber ántes que todo!

MARÍA. Será así.

SULPICIO. ¡Bien por mi vida!

MARÍA. Triunfe el deber; ya no insisto.
Vuestra hija soy.

SULPICIO. ¡Sí, por Cristo!

MARÍA. ¿Aun me quieres más rendida?

SULPICIO. No, que has vencido... Me entrego,
porque... Adios!

MARÍA. ¿Te vas?

SULPICIO. Andando,
porque... Adios!
MARÍA. (Se va llorando.)
SULPICIO. ¡Voto á...!
MARÍA. Oye.
SULPICIO. Adios! ¡Reniego!...

ESCENA VI.

MARÍA.

¡Adios! Ya huyó de los dos
la tranquilidad del alma.
Huyes, perdida la calma;
¡adios, mi Sulpicio; adios!

MUSICA.

No hay en la vida para mí reposo:
mi porvenir de amor,
trocado miro ya en afan penoso.

La opulencia y el fausto enojoso
me aseguran eterno penar!
No saldrán de mi pecho oprimido—
los sollozos que es fuerza ocultar:
tristes galas y gozo mentido
ante el mundo sabré presentar.
¡Pero humilde belleza es la mia
sin mi dulce querida ilusion!
¿Dónde estais los valientes que un dia
aclamaba en alegre cancion?
A los brazos volved de María,
que os espera su fiel corazon!

No hay esperanza ya; ¡el tiempo avanza!
la fiesta se apercibe:
para siempre alejóse mi esperanza!

¡Esos ecos lejanos!...
¡No es un sueño! ¡una marcha guerrera!
¡Es realidad! ¡Son ellos! ¡mis hermanos!
¡Oh contento! ¡Oh dulce instante!
¡Venturosa torno á ser!
¡Ricos sueños de la infancia,
en mi pecho renaced!

¡Que viva la Francia y mi Emperador!
¡y viva la guerra que triunfo nos dá!
¡Viva la victoria premio del valor!
¡Viva el regimiento que marchando vá!

ESCENA VII.

MARÍA.—ANTONIO.—FRANZ.—SOLDADOS.

CORO.
¡Es ella! ¡María! ¡momento feliz!
¡tu antigua familia te viene á buscar!

MARÍA.
¡Los brazos amigos, os veo por fin!
¡Me embarga el contento! ¡Volvedme á abrazar!

TODOS.
¡Que viva la Francia y mi Emperador!
y viva la guerra, etc.

ESCENA VIII.

MARIA, SULPICIO, ANTONIO, FRANZ, SOLDADOS.

HABLADO.

SULPICIO. ¡Mil rayos, mis camaradas!
ANTONIO. Sulpicio.
SULPICIO. ¿Tú aquí? ¡Aprieta!

FRANZ. A la órden, mi sargento.
SULPICIO. ¡Cabo Franz!
FRANZ. A la obediencia.
MARÍA. Pero tú no has reparado...
¡Mira, Sulpicio! (Mostrándole á Antonio.)
SULPICIO. ¡Friolera!
¡Ya es oficial!
MARÍA. ¿No lo ves?
Teniente.
SULPICIO. Sea enhorabuena.—
A la órden, mi teniente.
MARIA. Pronto habeis hecho carrera.
ANTONIO. He pensado en vos, María.
MARÍA. Sois muy cortés.
ANTONIO. ¡Sois muy bella!
MARÍA. ¡Oh! ¡Gracias!—Mis compañeros,
¿qué deseais? Con franqueza.
Bebed, descansad, pedid,
que aun soy vuestra cantinera.
SULPICIO. ¿Y quién la contiene ahora?
MARÍA. ¡Ortensio!
SULPICIO. La vá á armar buena!

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—ORTENSIO.

ORTENSIO. ¡Qué veo! ¡Misericordia!
MARÍA. Estos valientes desean
beber; descansar. Guiadlos
con unas cuantas botellas.
ORTENSIO. ¿Unas cuántas? Mejor es
llevarlos á la bodega.
MARÍA. Tratadlos bien.
ORTENSIO. Qué dirá
la señora cuando sepa...

MARÍA. Obedeced.
FRANZ. Adelante.
ORTENSIO. (¡Dios santo! ¡Qué patulea!
¡Se ha convertido el castillo
en un cuartel!)
FRANZ. Con licencia. (Se van.)

ESCENA X.

MARIA, SULPICIO, ANTONIO.

MARÍA. ¡Qué ventura!
ANTONIO. ¡Qué placer!
MARÍA. Los tres juntos, ¿no te alegra?
SULPICIO. Mucho.
ANTONIO. ¡Otro abrazo!
MARÍA. Otro á mí.
SULPICIO. Venid. ¡Oh, grata sorpresa!

MUSICA.

LOS TRES.
En feliz tierna union
á los tres hénos ya.
Siempre así latirá
mi leal corazon.

SULPICIO.
Dulces recuerdos.
ANTONIO.
Nunca me dejan.
MARÍA.
Dias de gloria.
SULPICIO.
Por siempre huyeron.
ANTONIO.
De nuevo tornan.

SULPICIO.

De mí se alejan.

MARÍA.

Con más ventura vuelven á mí,
que vuestras manos estrecho aquí.

LOS TRES.

En feliz tierna union etc.

ANTONIO.

Tú abogarás por mí.

MARÍA.

Por él debes hablar.

ANTONIO.

Mi amor espera en tí.

MARÍA.

Tú solo has de triunfar.

SULPICIO.

Muy bien: mas quién alcanza...
dejadme concluir.

LOS DOS.

En tí está la esperanza
de nuestro porvenir.

LOS TRES.

En feliz tierna union etc.

HABLADO.

ANTONIO. Hablad, Sulpicio.
SULPICIO. No puedo.
ANTONIO. ¿Con que os negais?
SULPICIO. ¡Mil centellas!
La dí mi palabra. Apoyo
á la señora Marquesa.
ANTONIO. Ved que vuestra negativa
labra mi desdicha eterna!
SULPICIO. Lo siento.

ANTONIO. Ved que tambien
será desdichada ella!
SULPICIO. Basta!
ANTONIO. Oid por vuestra vida!
SULPICIO. No puede ser!
ANTONIO. Pues que sea!
SULPICIO. Callad!
ANTONIO. Oid!
SULPICIO. ¡Alto el fuego!
ANTONIO. Bueno.—Yo hablaré á la Marquesa.
SULPICIO. Hareis mal.
ANTONIO. Mal haceis vos,
que oís con indiferencia
nuestra súplica.
SULPICIO. Dejadme.
ANTONIO. Para siempre!
SULPICIO. Enhorabuena!
ANTONIO. ¡Sois muy cruel!
SULPICIO. ¿Yo? ¡Mil bombas!
¿No he de ponerme en defensa,
si paras el fuego, y vienes
cargando á la bayoneta?
ANTONIO. ¡Oh! Persuadidle, María...—
¿Callais?
MARÍA. El deber lo ordena.
ANTONIO. ¿Es decir que os sacrifican?
¿Que cedeis á la violencia?
No ha de ser; corro á buscar
á la señora Marquesa.
MARQUESA. Por Dios callad!

ESCENA XI.

LOS MISMOS y LA MARQUESA.

MARQUESA. ¿Qué sucede?
SULPICIO. (¡Mil rayos! A tiempo llega.)

MARQUESA. ¡Aquí un militar! ¿Quién sois?
ANTONIO. Oidme, pues.
SULPICIO. (¡Mil centellas!
Mucho arriesga en el asalto
como no logre hacer brecha.)
ANTONIO. Yo, oficial del ejército
francés, bueno, cual lo prueba
esta cruz puesta en mi pecho.
aquí, al frente de banderas,
por el mismo emperador,
os pido humilde la vénia,
para ofrecer á Maria
con mi amor, mi vida entera!
MARQUESA. ¿Qué dice este hombre?
MARÍA. (¡Dios mio!)
MARQUESA. Salid de aquí!
SULPICIO. (Ya empieza
á jugar la artillería.)
MARQUESA. ¿Y tú le escuchas serena?
MARÍA. Yo...
MARQUESA. Castiga tanta audacia!
ANTONIO. María me ama.
MARQUESA. ¿Ella?
No: desmiéntele, hija mia!
MARÍA. Nada añadirá mi lengua.
La razon que aquí le trae,
sé que es digna... que es sincera.
Yo... no la condeno... vos...
la rechazais... y huyo de ella!—
En tan penosa entrevista
mal parece mi presencia.
Permitid que me retire. (Se va.)
MARQUESA. Ven.
SULPICIO. En justicia se aleja.
¡Dejadla, que así la quiero!
¡Y tú, bendice tu estrella! (Á Antonio.)
¡Ámala! ¡Y toma ejemplo

de rectitud y grandeza!

ANTONIO. La amo! La adoro! Por eso
no consentiré que sea
desdichada.—Adios, señora;
premiad mi afan: ved mi pena!
Pensad que adoro á María!
Pensad que velo por ella!

ESCENA XII.

LA MARQUESA.—SULPICIO.

MARQUESA. ¿Qué es esto, Sulpicio?
SULPICIO. ¿Esto?...
Es... que...—Á la órden, señora.
MARQUESA. ¿Huís de mí?
SULPICIO. Sí.
MARQUESA. Esperad.
SULPICIO. ¡Oh! No hagais que el fuego rompa:
no me presenteis batalla,
que os anuncio una derrota!
MARQUESA. ¿Eso decís?
SULPICIO. ¡Vive el cielo!
¿No estais viendo que me ahoga
el pesar, y en tal empeño
mi sufrimiento se agota?
MARQUESA. ¿Me abandonais?
SULPICIO. ¿Yo? (¡Mal haya!)
Indigno es dejaros sola.
Dí mi palabra, me quedo.
MARQUESA. ¿Me ayudareis?
SULPICIO. Si señora.
MARQUESA. Gracias. ¿Qué diria el mundo?
¡Una union tan ventajosa!
¡Un partido tan brillante!
SULPICIO. ¡Mucho que sí! (¡Mala bomba!)

MARQUESA. ¿Y aun piensa ese advenedizo,
que sus pretensiones locas
sean aceptadas, y pide
matrimonio? ¡Gentíl boda!
SULPICIO. (¡Húm...!)
MARQUESA. Me horroriza la idea
de una union tan vergonzosa!
SULPICIO. ¿Eh?.. (Me callo.)
MARQUESA. Mi María
halló esposo que la honra:
¡un Duque de Crakentorp!
SULPICIO. ¡Ya!
MARQUESA. ¡Quién no acepta gustosa?
¿En dónde espera hallar más
distincion?
SULPICIO. Para ella es poca.
MARQUESA. ¡Sí, que es Berkenfield!
SULPICIO. ¡No es eso!
MARQUESA. Heredera...
SULPICIO. ¿Qué me importa?
Vale más aquel semblante...
aquella alma tan hermosa!—
Al diablo los pergaminos,
y váyanse ya en mal hora
Berkenfield... y Crakentorp...
y las distinciones todas!
MARQUESA. ¿Qué dices?
SULPICIO. Que he roto el fuego,
y voy á quemar más pólvora!...
Esa niña que inmolais
á la vanidad odiosa,
por culpa vuestra suspira,
y por culpa vuestra llora!
No en honrarla os afaneis,
que no hay quien la dé mas honra!
Esa niña vino al mundo
con más alta ejecutoria!

Su ternura lo publica,
sus virtudes lo pregonan;
porque es un ángel, y Dios
le formó para su gloria!

MARQUESA. Sulpicio!

SULPICIO. ¡Trueno de Dios!
¿No advertís que me sofoca
el sentimiento, y la voz
en mi garganta se ahoga?

MARQUESA. (¡Qué alma tan noble!)

SULPICIO. ¡Me voy!
Dadme licencia, señora.

MARQUESA. Un momento.

SULPICIO. ¿Qué quereis?

MARQUESA. Quedaos aqui.

SULPICIO. ¡Mil bombas!

ESCENA XIII.

DICHOS y ORTENSIO.

ORTENSIO. Señora.

MARQUESA. ¿Quién?

ORTENSIO. El notario.
los testigos: la señora
Duquesa de Crakentorp
los acompaña.

MARQUESA. (Angustiosa
situacion!) Id, que ya os sigo.
Sulpicio, ¿qué hacer ahora?

SULPICIO. ¿Y lo consultais? ¡Qué diablos!
¿No han llegado las personas
que esperábais? Pues cumplid
con ellas.

MARQUESA. ¡Cruel zozobra!
¿Y si María se niega?

SULPICIO. No la conoceis, señora.
¿María negarse? ¡Truenos!
no lo espereis.
MARQUESA. Dios os oiga.
SULPICIO. Voy en su busca...
MARQUESA. ¿Vendrá?
SULPICIO. ¡Pues no faltaba otra cosa!

ESCENA XIV.

MARQUESA, CONVIDADOS, ORTENSIO.

ORTENSIO. Aquí están, señora.
MARQUESA. (¡Oh Dios!)—
¡Oh señores, tanta honra!

ESCENA XV.

LOS MISMOS.—MARÍA.—SULPICIO.

MUSICA.

MARQUESA.
¡María!
MARÍA.
(¡Cruel instante!)
MARQUESA.
(¡Ven! ¡Silencio!)
SULPICIO.
(¡Prudencia!)
CORO.
¡Es la novia encantadora!
MARÍA.
Debo firmar... ¡Oh Dios!
MARQUESA.
Llegó el momento.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos.—ANTONIO.—FRANZ.—Soldados.

CONVIDADOS.
¡Qué rumor! ¡Qué desórden! ¿Qué sucede?

ANTONIO.
Adelante.

CORO.
¡Penosa situacion!

SOLDADOS.
Nuestro amor aquí te auxilia:
á tu lado estamos ya:
el amor de tu familia
la ventura te dará.
Tu amargura calma en tanto:
seca, niña, el triste llanto:
no hayas duda ni temor,
que te ampara nuestro amor.

ANTONIO.
Su amor hoy nos reclama:
su dulce voz nos llama:
nos roban su ternura:
nos pierde á su pesar.
Su eterna desventura
Maria vá á firmar!

CORO.
No, jamás.

CONVIDADOS.
¿Quién es María?

SOLDADOS.
El amor del regimiento
cantinera la nombró.

CONVIDADOS.
¡Cantinera! ¡qué osadía!

SULPICIO.
Ya el misterio se aclaró.

MARÍA.

Con incansable afan de mí cuidaron:
todos me dieron paternal amor:
acaso de la muerte me salvaron;
y hallé á su lado asilo bienhechor:
Hija del regimiento, su hija soy,
y dichosa y honrada entre ellos voy.

CONVIDADOS.

Su confesion sincera
más digna la hace ahora:
su voz encantadora
ganó mi corazon.

MARÍA.

¡Terrible instante! ¡Situacion penosa!

ANTONIO.

¿Vas á firmar?

MARÍA.

Voy á morir.

MARQUESA.

¡Detente!
¡Cese ya tu dolor, serás dichosa!

CORO.

!Oh Dios! ¿qué intenta hacer?

MARQUESA.

Alza la frente.
No ha de inmolar la vanidad odiosa
un alma tan hermosa.
Bendigo de ese amor los tiernos lazos.
Es tu esposo.

CORO.

¿Quién es?

MARQUESA.

Vedle en sus brazos.

SULPICIO.

¡Bravo!

MARÍA.

¡Antonio!

ANTONIO.

¡María!

SULPICIO.

¡Oh! ¡respetable tia!
Si no os causa embarazo,
daros quisiera un militar abrazo.

CORO.

Guarde el cielo muchos años
la ventura de los dos.

FIN.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 31 de Agosto de 1860.—El Censor interino de Teatros, VICENTE BARRANTES.

